



El abanico

Con un suave movimiento, coqueto, lleno de mimosidad lejana, servía de pantalla a la mirada interrogante, atractiva y seductora de aquella mujer que, con el pestañeo lento y cadente, hablaba con los ojos a aquel hombre que, embobado, la contemplaba desde el quicio de aquella puerta, o sentado en la butaca de un teatro. Aquel adminículo, lleno de algo esotérico, que con los graciosos movimientos que las manos femeninas le imprimían, servía para infinidad de diálogos silentes, citas sin fecha, y besos sin labios: el abanico. Ese esquema sintetizado de auténtica condición serena, era arma preciosa en los tiempos que ahora vemos distantes, porque se ha ido perdiendo ese juego romántico de los pliegues y cierres de ese objeto tan femenino, de colores consonantes con la vestimenta y portador de infinidad de mensajes escritos en el aire y en sus movimientos para generarlos.

Sujeto a tantas condiciones castizas de España, parece como un rumor de lejanía que irrumpe por los veranos, en las manos de señoras ya de cierta edad; que siguen utilizándolo, no solamente para producirse aire con que paliar los calores, sino como complemento de su indumentaria, portándolo en la mano con esa prestancia femenina, y llenando huecos de minutos de silencios. O aquellas en las plazas de toros, que redondean el colorido de esa acuarela viva de tradiciones y costumbres de esta tierra española. Conjuga de manera sorprendente con los peinados con moño y los claveles rojos o blancos sujetos al mismo, mientras que en su vaivén delicado de airear, va dejando el mensaje de elegancia innata, cuando la mujer pone su garbo y aire en los movimientos suaves, pero cuajados de esa presencia singular y sencilla de él.

Vino de China, donde era símbolo de realeza; sobre todo el que estaba constituido con un país de plumas con un mango muy largo, donde no solo tenía la finalidad de producir aire para refrescar, sino que también servía como parasol y espantamoscas. En principio, todos ellos eran rígidos, con el país en forma de hoja, corazón o loto, y hecho de plumas, paja o fibras de tipo vegetal, y una vara larga en el extremo que permitía que el servidor que lo manejaba, pudiera estar a distancia de la que recibía los aires del mismo. Este tipo de gran abanico era muy característico de los pueblos orientales. En Gre-

cia y Roma, y posteriormente en Oriente, se usaron unos de mango corto, - a veces sin él-, rígidos, en forma de hoja y disco, que perduraron hasta el siglo XVI, y que todavía siguen utilizándose; son los llamados *paipái*. Había otros, que funcionaban como una giraldilla, al rotar sobre el eje del mango o empuñadura, cuando a ésta se le imprimía un vaivén. Muchos, muchísimos modelos y variantes de cada uno, hasta llegar al actual abanico plegable, que es oriundo del Japón, con pié de varillas, que se abre en semicírculo llamado país. Se construye de tela, papel o piel, pintado a mano en la mayor parte de los casos, con flores y dibujos consonantes con el uso a que haya de dárseles. Tuvo un gran apogeo en la época de Isabel II, llamán-

dose a los que proceden de esta época, *isabelinos*, por su variada y extensa riqueza constructiva de carácter artesanal. Actualmente, aunque ha perdido importancia como prenda u objeto de la indumentaria femenina, se siguen fabricando industrialmente, bajo parámetros propagandísticos y en pocos casos ornamentales.

El abanico está unido, de una manera muy simbólica y espiritual, a la copla, a esa manera de expresar los sentires de nuestra cultura. La poesía

cantada, canción lírica breve que conlleva ese relicario de costumbrismos, que és más canción porque la arroja la mantilla por detrás y el abanico por delante; y se plasmó como un cuadro de antepasados bellos, en la retina de quienes lo contemplan. En esos momentos de voz abierta a la expresión dorada del cantar, el abanico se recrea en el vaivén de su esbozo aireado, tapando miradas y sirviendo de escabel a la recreada postura de tristeza de quien canta aquel verso corto, hecho tonadilla de amores.

En las arcas de las abuelas, entre refajos y camisas de lino, entre mantones y chales, entre mantillas, ientre tantas cosas varadas en el recuerdo!, siempre aparecen aquellos abanicos, pericones, con el país de encaje rematado en puntillas de preciosismo inacabable. Y se guardan, con la veneración de algo que ahora no se hace, en esas cajas especiales para colgarlos y lucirlos ostentosamente en las saletas o lugares consonantes.

Los abanicos, como tantas otras cosas bellas de nuestros antecesores, se quedan en el cajón de los recuerdos, con las nostalgias que muchos de ellos guardaron entre sus varillas y telas. Con el sabor de una feminidad más consonante con otros tiempos, donde el abanico fue intermediario de suspiros, voces mudas y besos distantes.

En las arcas de las abuelas siempre aparecen aquellos abanicos pericones, con el país de encaje rematado en puntillas de preciosismo inacabable



Martín
Giménez
Vecina